



ACAMAPICHTLI,

PRIMER REY MEXICANO.

(Tomado de la crónica del Padre Duran.)

ACAMAPICHTLI.

PRIMER REY MEXICANO.

I.

DESPUES de haber fundado la ciudad de Tenochtitlan en el año de 1325 (ome calli), sobre las isletas que se agrupaban cerca de la orilla occidental del gran lago de Texcoco, el pueblo azteca se dividió en dos naciones: *México-Tenochtitlan* y *México-Tlatihualco*.

Una antigua discordia que reinaba ya en las filas de ese pueblo desde su aparición en el valle de Anáhuac á principios del siglo XIII, produjo la separacion que hemos mencionado, poco tiempo despues de erigido el asiento de la nacion azteca bajo el gobierno del célebre Tenoch. Los que se se-

pararon de sus antiguos compatriotas se dirigieron á una isla poco distante hácia el Norte, y fundaron la ciudad y nacion de Tlaltilulco, que subsistió independiente por espacio de ciento veinte años, hasta que las huestes victoriosas de Axayacatl la unieron al valiente pueblo de los tenochca, que salido de la servidumbre llegó á ser el primero en las armas, en las artes y en la civilizacion entre todos los que ocupaban el suelo del Nuevo-Mundo á la llegada de los conquistadores españoles.

Pero antes de alcanzar este grado de esplendor debian los aztecas sufrir rudos embates de la suerte. Separados los fundadores de Tlaltilulco en 1338 para levantar al lado de Tenochtitlan una ciudad rival, alzándose por todas partes monarquías poderosas, de las que unas habian esclavizado por luengos años al pueblo azteca, y otras espiaban el momento oportuno para renovar sus cadenas; y situada, por último, su ciudad en terreno comprendido en los dominios del terrible reino tepaneca, los primeros tiempos de la nueva capital figuran en los anales de la nacion, como un período de miserias y de humillaciones continuas.

El ambicioso Tezozomoc, que ocupaba entonces el trono de los tepanecas, impuso á los pobladores de la ciudad naciente cuantiosos tributos anuales y crueles contribuciones que impedian el desarrollo de todos los elementos de vida en aquella nueva sociedad política. A la vez que el monarca de Atzacapotzalco abrumaba á los moradores de Tenochtitlan con enormes gabelas, la miseria en que se vieron envueltos fué extremadamente angustiosa. Aislados en medio de las aguas y juncos del lago, sin tierras que cultivar, sin industria y sin comereio que les proporcionaran armas para defenderse y vestidos con que cubrirse; sin otros alimentos que los animales y vejetales acuáticos; rodeados de vecinos amenazadores ó abiertamente hostiles, los habitantes de la ciudad azteca parecian destinados á perecer bajo el peso de su miseria, ó tornar á la servidumbre en que habian gemido por largos años bajo la dominacion de los colhuas.

Habia, sin embargo, en el espíritu de esa sociedad naciente algo de ese génio perseverante que distinguió á los primeros habitantes de Roma. Una especie de intuicion de sus futuros gloriosos destinos la sostuvo en medio de sus mayores calamidades, y esta fuerza de vitalidad y de confianza en su porvenir nacional salvó á los mexicanos. La pesca que les proporcionaban las aguas del lago fué su primera industria, sirviéndoles despues como objeto de cambio en sus relaciones comerciales con los pueblos que los rodeaban. Las naciones, en su infancia, se ven obligadas á armarse como condicion indispensable de su existencia: la pesca proveyó á los mexicanos de medios de defensa, pues en cambio de los peces del lago, los pueblos vecinos les suministraron armas en abundancia. Alzaron diques sobre el agua fangosa que rodeaba sus isletas, y construyeron un terreno artificial que pudo contener á los pobladores, cuyo número aumentaba rápidamente. Del fango y del césped de su laguna formaron huertos flotantes donde sembraron maíz, frijol y otras diversas plantas alimenticias; así, lentamente, Tenochtitlan logró sobreponerse á la extrema miseria que afligió á sus pobladores en los primeros años de su fundacion.

El nombre de Tenoch, sacerdote y gefe del gobierno, sin el título de rey, brilla justamente en la historia asociado á este movimiento progresivo de civilizacion y de vigor nacional. Sin embargo, el período comprendido entre la fundacion de *México-Tenochtitlan* y el establecimiento de la monarquía, es uno de los mas oscuros y casi legendarios de la historia de nuestros mayores. Encuéntranse en todos los autores que han escrito los anales de esa época, graves contradicciones y divergencias en el orden cronológico de los sucesos, al grado de ser muy difícil hallar dos opiniones de acuerdo al tratarse de la cronología de nuestra antigua historia. La uniformidad en las fechas no se encuentra establecida sino á partir del principio del reinado de Ahuitzotl, octavo rey de los aztecas.

II.

Desde 1325 hasta 1376, * el gobierno de los mexicanos habia conservado la forma aristocrática, ejerciéndose la autoridad por un cuerpo á manera de senado, compuesto de las personas mas respetables por su sabiduría y nobleza, aunque algunos autores afirman que la forma de gobierno entre los tenochca fué esencialmente teocrática. Tal vez el peligro que temian para su independencia en la prosperidad de sus vecinos los tlaltilulcas, tal vez el deseo de imitar á los reinos tepaneca y chichimeca, y creyendo que la autoridad régia daría mas esplendor á todo el cuerpo de la nacion, movió á los tenochca ó mexicanos, como les llamaremos en lo sucesivo, á establecer en su país la monarquía.

Los nobles y el pueblo, despues de haber consultado con los sacerdotes el proyecto de erigir la monarquía para garantizar mejor los intereses de la nacion, deliberaron acerca de la persona que debia sentarse en el trono como fundador

* Códice Mendozino.

de la dinastía y general del ejército, y el voto unánime reca- yó en Acamapichtli, como en el mas digno de regir sus des- tinios.

Acamapichtli, hijo de Opochtli, señor de los mexicanos du- rante su residencia en Tizapan, y de Atotoxtli, * noble seño- ra de Culhuacan, era, en efecto, digno de poseer la confianza de sus compatriotas. Llevaba en sus venas la mas pura san- gre mexicana, alcanzaba fama de valeroso y esforzado, y re- cordaba á su nacion los dias de gloria en que unidos los me- xicanos con los colhuas habian merecido el respeto de las mo- narquías vecinas, y su emancipacion del yugo de Culhuacan.

A la sazón que el pueblo mexicano se decidia á levantar el trono y sentar sobre él á Acamapichtli, este se hallaba en Texcoco, capital de Acolhuacan, recibiendo hospitalidad en compañía de su esposa Illancueitl, del rey chichimeca Ix- tilxochitl. Llegaron hasta él los embajadores mexicanos, y le expusieron el objeto de su viaje, participándole la eleccion que para monarca habian hecho en su persona los habitan- tes de Tenochtitlan. Acogieron agradecidos Acamapichtli é Illancueitl á los embajadores, y pocos dias despues surcaban las ondas del lago en direccion de la ciudad que les habia ofrecido la corona y el mando supremo.

Inmensa muchedumbre precedida de los ancianos y los sa- cerdotes salió al encuentro de Acamapichtli, y despues de las ceremonias usadas entre los colhuas para investir á sus re- yes del mando supremo, uno de los ancianos habló al nuevo soberano en estos términos: "Señor y rey nuestro, sed bien- venido á esta vuestra casa y ciudad, construida por nuestros padres entre juncos y cañaverales; pensad, señor, que vais á ser el apoyo, sombra y escudo de la nacion mexicana, y el representante de Huitzilopochtli en la majestad y la justicia. Bien sabeis que la tierra que pisamos y sobre la que se elevan

* Crónica del Padre Duran, Cap. IV. Clavijero, Historia anti- gua de México, Lib. III, Cap I.

nuestras humildes chozas no nos pertenece, y que vivimos envueltos en crueles zozobras, ignorando cuál sea nuestra suerte y la de nuestros pobres hijos el día de mañana. Mirad que os hemos llamado, no para vuestro recreo y descanso, sino para echar sobre vuestros hombros pesadísima carga y haceros esclavo, tanto de esta multitud por cuyo bien debis trabajar, como de todas las naciones que nos rodean, á quienes debéis contentar, sobre todo á la de Atzacotalco, puesto que como ya os lo he dicho, vivimos en tierras que son de su propiedad. Sed, pues, bienvenido, vos y nuestra señora y reina Illancueitl.”

Concluida esta arenga, melancólica pintura de la pobre ciudad, y que pudiera considerarse como el pacto que se estableció entre el pueblo mexicano y el fundador de su dinastía, y despues que Acamapichtli hubo prometido defender á la nacion, y procurar su bienestar y engrandecimiento, el anciano que le habia hablado se postró á sus plantas, imitándole sacerdotes y nobles: quemaron aromático copal en torno del monarca, y ciñeron su cabeza con el tocado que debia ser desde entonces el distintivo de la dignidad real en los soberanos de la nacion azteca.

Hemos dicho antes que el cambio verificado en la forma de gobierno de los mexicanos tuvo lugar en 1376 con la eleccion de Acamapichtli para primer soberano. Clavijero y otros autores respetables fijan este suceso en 1352, pero nosotros hemos preferido seguir la cronología del código Mendozino, que señala la primera de estas fechas como el principio del reinado de Acamapichtli. Por otra parte, Chimalpain en su crónica inédita, dice que Tenoch murió en el año *ce acatl* 1363, y que la eleccion del primer rey tuvo lugar tres años despues. Se ve, pues, que esta última autoridad, sin coincidir precisamente con las fechas del código Mendozino, se aproxima mas á ella que Clavijero y el código Chimalpoca.

Apenas se hubo sentado Acamapichtli sobre el trono de Tenochtitlan, los tlaltilulcas, celosos del incremento que pre-

sentian iban á adquirir sus vecinos, se apresuraron á establecer tambien la monarquía; pero menos altivos y menos dignos que los mexicanos, lejos de buscar un monarca entre los de su nacion como éstos acababan de hacer, acudieron al rey de Atzacotalco, de quien eran tributarios, pidiéndole un príncipe de su familia que los gobernase. Accedió Tezozomoc á su demanda y les envió á su hijo Quaquaupitzahuac, el cual tomó posesion del trono de Tlaltilulco, poco tiempo despues de la eleccion de Acamapichtli en Tenochtitlan.

Pintan las crónicas al rey tepaneca Tezozomoc, señor de Atzacotalco, con los mas negros colores, aunque dotado de esos grandes atributos que hacen célebres á los déspotas que han oprimido á los pueblos. A una ambicion insaciable y á un orgullo desmedido, unia el soberano de los tepanecas la prudencia que hace madurar los mas complicados proyectos, y el fingimiento mas perfecto. Gran conocedor de los negocios públicos, dotado de una voluntad inflexible y rebosando crueldad, astucia y perfidia, el siniestro Tezozomoc, especie de Tiberio, viejo como éste y como él perverso, no podia menos que dirigir sus recelosas miradas hácia el nuevo reino que se alzaba cerca del suyo, y hacer blanco de su temible desconfianza al soberano electo por los mexicanos.

Lastimado infinitamente su orgullo al comparar la conducta de éstos al elegir un rey sin consultarle, con la humildad y servilismo de los tlaltilulcas, que le habian pedido un príncipe de su casa para que los gobernara, Tezozomoc reunió á los grandes de su corte y les habló así: “No contentos los mexicanos, ¡oh nobles tepanecas! con haber ocupado terrenos que nos pertenecen, y en los que van aumentando rápidamente su ciudad y comercio, han atrevídose á crear rey á uno de su nacion sin esperar nuestro permiso . . . ¿Qué partido os parece que debemos tomar? Porque si esto hacen en los principios de su establecimiento, dia llegará en que pretendan que nosotros ó nuestros hijos sean sus tributarios, y que su rey sea nuestro soberano. Aumentémosles las gabelas que pesan sobre ellos, y así, fatigados por pagarlas se

aniquilarán, ó no pagándolas, podremos arrojarlos de nuestras tierras." Acogieron los nobles con regocijo la cruel proposición del soberano tepaneca, y poniéndola en obra enviaron sus embajadores al rey Acamapichtli, á quien le expusieron en nombre de Tezozomoc, que siendo pequeño el tributo que hasta entonces habian pagado los mexicanos, queria que en lo futuro se aumentase con millares de piés de sauces y sabinos, para plantarlos en los jardines y calzadas de su capital Atzacapotzaleco, y ademas, que exigia de los mexicanos la conduccion hasta su corte de un gran huerto en donde estuviesen sembradas y ya nacidas todas las simientes conocidas en Anáhuac.

Dice la crónica que apenas los mexicanos supieron cuáles eran los nuevos tributos á que los sujetaba el rey de los tepanecas, comenzaron á llorar y á desolarse, pero que aquella misma noche el dios Huitzilopochtli habló á uno de los sacerdotes de su templo, llamado Ococaltzin, encargándole recomendase en su nombre al rey Acamapichtli y á su pueblo la resignacion á las despóticas exigencias del soberano de Atzacapotzaleco, ofreciéndoles en cambio su proteccion en todas sus penalidades. Se ve en esto la sábia política de los sucesores de Tenoch. Aquella sociedad naciente y débil no podia oponer la fuerza de que carecia, á la tiranía de los tepanecas; tampoco sin desdoro podia someterse en silencio al yugo de Tezozomoc. Pero la intervencion del dios al encarregar la resignacion al pueblo mexicano y ofrecerle su ayuda, lo conciliaba todo. Pagando los onerosos tributos que sobre ella pesaban, la nueva sociedad adquiria en paz el vigor que habia de emanciparla mas tarde; ejecutando lo que la divinidad ordenaba, se cumplia un deber sagrado que como tal nada podia tener de humillante; y finalmente, la proteccion prometida señalaba un término, aunque indefinido, á aquella servidumbre, y mantenia latente y vigorosa la tradicion de dominarlo y esclavizarlo todo, que tanto halagaba á la nacion azteca.

En medio de esta situacion difícil, el rey Acamapichtli pro-

curaba engrandecer á su pueblo á la sombra fecunda de la paz. Sabia que la prosperidad de su nacion habia de brotar de las ruinas de sus poderosos vecinos: mas para vencerlos, forzoso era al pueblo mexicano vivir entretanto bajo el pié de la mas completa armonía con todos los que lo rodeaban. Aumentáronse durante su reinado las dimensiones de la humilde ciudad fundada por Tenoch; creció en su recinto el número de templos consagrados al culto de los dioses; sólidos edificios de piedra comenzaron á reemplazar á los pobres *xacalli* construidos por los primeros pobladores; ordenáronse en calles los nuevos edificios que se fabricaban, y logróse la circulacion de las aguas de la laguna por medio de canales, que al cabo de pocos años debian convertir á Tenochtitlan en la mas bella y espléndida ciudad del Nuevo-Mundo.

III.

No solo las duras exigencias del soberano tepaneca y los cuidados del gobierno preocupaban al rey Acamapichtli: disgustos de otro género afligían profundamente su ánimo y apesaraban á los grandes y al pueblo, pues la esterilidad de la reina Illancueitl no prometía una larga duración á la dinastía que estaba llamado á fundar. Acudieron los mexicanos á conjurar este mal que los amenazaba, y al efecto celebraron los señores un consejo y se obligaron á ofrecer cada uno de ellos una de sus hijas en calidad de esposa al rey Acamapichtli, para que de ellas naciesen herederos del trono. Según Torquemada, el soberano de México se casó, viviendo aún Illancueitl, con Tezcatlamiahuatl, hija del señor de Tepaneco, de la cual nació Huitzilihuitl; y según Duran, de otra esposa que tuvo Acamapichtli, hija de Nauhyotl, señor de Culhuacan, nació Chimalpopoca. Uno y otro, Huitzilihuitl y Chimalpopoca, fueron reyes sucesivamente, después de la muerte de su padre. La historia refiere también que de una esclava, natural de Atzacapotzaleco, tuvo Acamapichtli un hijo, que fué Itzcoatl, sucesor en el trono de su hermano

Chimalpopoca, como cuarto rey de los aztecas, y que fué gran guerrero, esclarecido príncipe y tal vez el soberano más renombrado de la nación mexicana.

Las razones políticas que obligaron al rey Acamapichtli á contraer estos enlaces, hirieron, sin embargo, el corazón de su primera mujer Illancueitl, de quien cuenta la crónica con encantadora poesía, que *al principio tuvo tanta tristeza de verse así menospreciada, que sus ojos eran fuentes de día y de noche.* Pero amándola mucho el monarca y doliéndose de su pena, hubo de consentir en la inocente superchería que ella pidióle como un señalado favor, y consistió ésta en fingirse parida cada vez que nacía algún hijo de otra de las mujeres del rey, acostando al infante cerca de sí, *para que los que entrasen á visitalla le diesen el parabien del parto y nuevo hijo, recibiendo las gracias y dones de los visitantes; y aunque en realidad de verdad no era ella la parida, quedaba en opinión dello y por madre de todos aquellos hijos que fueron origen, cepa y sucesión del señorío de México.* Se cree que la reina Illancueitl, amada y respetada de los mexicanos, murió el año de 1384, después de haber satisfecho el noble deseo de ver reedificada á su patria Culhuacan, adonde Acamapichtli envió á un príncipe mexicano llamado Nauhyotl, para gobernarla como una dependencia de su reino.

Acamapichtli, cuyo nombre significa *aquel que tiene cañas en el puño*, llevó la guerra á las importantes ciudades de Quauhnahuac (Cuernavaca), Mixquic, Cuitlahuac (Tlahua) y Xochimileo, tal como lo representa la estampa que se encuentra en el códice Mendocino. Pero estas campañas no las emprendió el rey de los aztecas por su sola cuenta, sino como auxiliar y tributario de los tepanecas. No puede de otra manera explicarse el hecho de haber vencido los mexicanos, débiles aún y que apenas bastaban á sostenerse en su ciudad, á cuatro pueblos poderosos, que no obstante sus derrotas fueron por espacio de muchos años fuertes enemigos de la nación azteca.

Además de estas guerras, algunos autores afirman que en

tiempo del rey Acamapichtli, poco despues de la muerte de Illancueitl, las armas mexicanas, siempre en calidad de auxiliares de los tepanecas, se empeñaron en rudos combates con los de Chalco, teniendo lugar la primera batalla cerca del lugar llamado Techichco, y quedando derrotado el ejército de Yecalteuctli, príncipe de los chalcas. Parece que esta campaña, que se abrió de una manera tan ventajosa para los tepanecas y mexicanos, terminó entonces, sin grandes pérdidas por parte de los de Chalco, pues las hostilidades y combates entre éstos y los mexicanos debian durar por espacio de setenta y dos años, hasta el reinado del primer Motecuhzoma, en que se terminó tan larga enemistad con la absoluta sumision de los chalcas á la corona de México-Tenochtitlan.

Siguiendo el órden cronológico establecido en la coleccion de Mendoza, la muerte de Acamapichtli tuvo lugar el año de 1396, despues de un reinado pacífico de veinte años, pues las conquistas que se le atribuyen no fueron en provecho de su patria, sino en el del reino tepaneca, contribuyendo solamente al éxito feliz de estas guerras en calidad de auxiliar de los de Atzacapotzalco. Pero antes de espirar, Acamapichtli llamó en su rededor á los magnates de la ciudad, y dirigiéndoles un largo discurso, les recomendó que velasen por la prosperidad de la patria y por sus mujeres é hijos. No quiso designar sucesor á la corona entre sus descendientes, y respetando la libertad de su pueblo, solamente encargó á los que lo escuchaban, como Alejandro, que eligieran monarca al mexicano que creyeran mas digno de empuñar el cetro y de regir felizmente los destinos de la nacion. Sus últimas palabras fueron de pesar por no haberle sido dable durante su reinado, libertar á los mexicanos de los tributos que pagaban al rey de Atzacapotzalco.

El pueblo mexicano lloró mucho la pérdida de su soberano, y celebró sus funerales con cuanta pompa le permitia su pobreza. Razon tuvo la nacion tenochca en tributar á la memoria de su primer rey copioso llanto de gratitud por los beneficios que de él recibiera. El nombre de Acamapichtli es-

tá asociado á los primeros esfuerzos de ese pueblo sorprendente que en el espacio de un siglo, contado desde el año en que Tenoch fundó su ciudad junto al nopal, habia de vencer á sus dominadores y dominar á su vez, altivo, ilustrado y valiente, una gran parte del mundo de Colon. Las crónicas que recogieron los españoles poco despues de la conquista, hacen mencion de Acamapichtli con grandísimo elogio, y testifican el respeto y gratitud que los mexicanos tributaron siempre á su memoria. Hubo sin duda entre los reyes aztecas hombres mas grandes que el primer soberano: Huitzilhuítl, su sucesor inmediato, figura como el verdadero legislador de su pueblo; brilla Itzcoatl entre todos como el conquistador que convirtió á la pobre cuna de sus mayores en capital de una vasta monarquía; el primero de los Motecuhzomas afirma las conquistas de Itzcoatl y ensancha los límites del imperio; Axayacatl y Ahuítzotl, rayos de la guerra, llevan con sus armas el terror y la derrota á muchas naciones; y el último, Cuauhtemoc,* como si quisiera justificar su nombre inmortal, cae como águila herida sobre el cadáver de su patria, despues de haber luchado por ella como el Ajax mitológico. Pero ninguna de estas celebridades históricas que representan sucesivamente el engrandecimiento, la prosperidad, la cultura y el heroismo del pueblo azteca, debe hacernos olvidar al pobre rey Acamapichtli, que aislado con su tribu en medio de las juncias y cañas del lago, supo por su prudencia, su justicia y su patriotismo, conservar la libertad de su pueblo y echar los cimientos de su futura grandeza.

JULIO ZÁRATE.

* Águila que baja.